

RESISTENCIAS CULTURALES

Las culturas no son adoptables, sino, a lo sumo, adaptables. Los estilos de vida, los valores, las creencias, las reacciones individuales y colectivas ante ciertos estímulos no son iguales en todos los pueblos. Pretender aplicar un modelo de sociedad o de economía, que ha surgido como parte y consecuencia de una cultura y de una mentalidad peculiares de un pueblo o de una región a otro pueblo y a otra región, presenta obstáculos gigantescos, a veces invencibles, que hacen fracasar el intento o lo desnaturalizan en proporción enorme.

De la impresión de que ha sido casi hoy, a la luz de los repetidos fracasos de los planes de desarrollo a escala mundial, cuando los hombres de pensamiento han comenzado a darse cuenta de este hecho tan importante.

Las ilusiones que se extendieron por el escenario internacional, y que tuvieron por centro y principal motor a las Naciones Unidas y a sucesivas décadas para el desarrollo de los últimos treinta años, han concluido en muchas formas de frustraciones y de fracasos. En todo caso, lo logrado no ha correspondido a la ambición de los propósitos y las esperanzas.

Al comienzo de la década de los 70, el gran economista y sociólogo sueco Gunnar Myrdal, en un libro famoso, «El desafío de la pobreza mundial», tuvo el valor de reconocer esta dura realidad. No se había logrado ni en Asia ni en África, ni en América Latina, el resultado anunciado por los planes de desarrollo y de la cooperación internacional. Se había contado con recursos apreciables, con la más calificada ayuda técnica, con la planificación más cuidadosa para intentar transplantar a otros continentes técnicas y sistemas de producción, que habían nacido y florecido en Occidente y, sin embargo, el resultado había sido pequeño y frustrante en general.

Reconoce que es frecuente el conflicto entre los ideales de modernización y las actitudes y valores tradicionales. «Las valoraciones tradicionales deben ser estudiadas como factores importantes, entre todas las otras condiciones de los países subdesarrollados que deben ser tomadas en cuenta en la planificación». «Estas valoraciones tradicionales constituyen inhibiciones y obstáculos para la planificación.»

Nunca fue hacedero, ni concluyente con buen éxito completo, estas tentativas de trasladar los sistemas creados por un pueblo a otro distinto. La historia de los misioneros es rica y reveladora en este aspecto tan fundamental. Podría decirse, sin exageración, que nunca se ha logrado transplantar exactamente una cultura de un pueblo a otro. Ni siquiera en el caso de las religiones que podrían corresponder a una esfera menos relacionada con la realidad inmediata, se ha logrado. Hay tantos cristianismos, o matices de cristianismos diferentes, como áreas culturales a las cuales se ha extendido aparentemente. Lo mismo puede decirse del islamismo o del budismo. Mucho más efectiva es la resistencia, en lo que hace a la mentalidad y la actividad individual ante ciertas sollicitaciones, de la vida ordinaria como el trabajo, la familia, el sentido de la riqueza, la apreciación del tiempo y la noción de lo individual y lo colectivo. No responde de la misma manera ante esas sollicitaciones exteriores un hombre de la Europa del Norte que un paquistaní o que un bantú.

En la iniciación misma de la gran experiencia de trasplante y mestizaje cultural, que fue la formación de la América española, apareció el fenómeno de la inadaptableidad de la manera más clara. Todas las primeras tentativas que se hicieron desde el descubrimiento para lograr que los indígenas pu-

dieran vivir y comportarse como los españoles, terminaron en terrible y costoso fracaso. Ante los pareceres conflictivos de frailes y encomenderos sobre la posibilidad de que los indios antillanos pudieran vivir como labradores cristianos de Castilla, el cardenal Cisneros envió una comisión de frailes jerónimos a realizar una investigación a fondo e incluso a intentar experiencias prácticas. Es, seguramente, el más antiguo ejemplo de encuesta sociológica que el mundo ha conocido. Durante el año de 1517, los jerónimos en Santo Domingo acumularon un

Arturo USLAR PIETRI

inmenso expediente en testimonios de toda índole que constituyen tesoros únicos para estudiar los aspectos de este nuevo e inmenso choque de culturas. La mayoría de los testimonios tendía a establecer que esa tentativa de asimilación estaba condenada al fracaso.

Nunca antes se había intentado una investigación de esta magnitud y significación por parte de una potencia imperial para conocer el espíritu de los nuevos pueblos sojuzgados y señalar las vías más recomendables para la incorporación. A casi cinco siglos de la encuesta ordenada por Cisneros en las Antillas, parece que continuamos haciéndonos la misma pregunta que él se hacía, sin que tengamos aún una respuesta final y concluyente. Y esta cuestión fundamental sigue estando en el centro mismo de ese inmenso problema de planificación del desarrollo, según el modelo de los países industriales del Norte, en los pueblos herederos de culturas básicamente diferentes del llamado Tercer Mundo.

(IBERIA PRESS-ALA.)

Comandos y "Comandos"

De un tiempo a esta parte, los diversos medios informativos españoles —incluyendo a PUEBLO, mea culpa—, e incluso determinados organismos oficiales, han adoptado la equivocada costumbre de denominar «comandos» a los grupos terroristas de uno u otro signo que actúan en nuestro país o en el extranjero. A un diario llegan al público frases del tipo: «Un comando de ETA integrado por dos personas asesinó ayer...». «Todos los miembros del comando lograron escapar...». «Ha sido detenido un comando del GRAPO...»



Al expresarse de ese modo, muy pocos de los autores de las expresiones mencionadas caen en la cuenta de que esta utilización del término, además de resultar inexacta y poco apropiada, podría llegar, hilando muy fino, a encerrar ciertos matices de apología del terrorismo. Una apología, por supuesto, que no es fruto de la mala fe, sino

de la ignorancia. Sin pretenderlo, periodistas y funcionarios autores de notas oficiales estamos elevando a los terroristas a un rango que no merecen en absoluto.

Arturo PEREZ-REVERTE

voluntarios para ejecutar misiones desesperadas de las que, con demasiada frecuencia, no regresaban.

Hay que reconocer que el término «comando» es bonito, y suena bien en cualquier medio informativo. Pero asimilar con ésta a tres o cuatro desalmados que matan fría y cobardemente, escogiendo para su macabra tarea las presas más fáciles, resulta, cuando menos, excesivo. Al calificar de «comandos» a los grupos terroristas que reivindican por teléfono el asesinato de un taxista, de un agente del orden público que estaba tomando una cerveza en un bar, de una joven estudiante a la que una vez se vio levantar el puño en una manifestación, todos nosotros estamos haciendo a esos asesinos el mayor favor posible: estamos «oficializando» sus acciones, otorgándoles la inmerecida categoría de grupos militares. Una categoría que es, precisamente, la que ellos desean conseguir a ojos de la población con sus brutales acciones. Porque si los terroristas se consideran a sí mismos soldados, miembros de un ejército de liberación del tipo que sea, el Estado tiene la obligación de no seourirles el juego, ni siquiera en lo tocante a terminología, y recordar en cada momento, en cada palabra, en cada adjetivo, que se trata de vulgares delincuentes.

El término «comando» — con dos emes— nació a finales del pasado siglo y principios del actual en África Austral, durante la guerra anglo-boer. Tal era el nombre que recibían las unidades guerrilleras de colonos holandeses que peleaban contra el Imperio Británico, caracterizadas por su rápida movilidad, conocimiento del terreno, capacidad de resistencia y valor indomable. Aunque fueron finalmente derrotados tras una sangrienta lucha, sus vencedores británicos guardaron un admirado recuerdo de aquellos hombres que con tanta bravura se les habían enfrentado a lo largo del sangriento conflicto del Transvaal. Este respeto hacia el antiguo enemigo «afrikaneer» fue la causa de que, durante la Segunda Guerra Mundial, las unidades inglesas encargadas de ejecutar acciones bélicas especiales en la retaguardia del enemigo, como golpes de mano e incursiones, «repescaran» el término, que fue utilizado con orgullo a lo largo de la conflagración y en conflictos posteriores. En la terminología militar, «comando» ha sido siempre sinónimo de astucia, acción individual, heroísmo y alta capacidad combativa.

Al pie de la letra, el concepto se refiere a un pequeño grupo de soldados, que pueden proceder de diversas armas, organizado para ejecutar un «raid» determinado, con objetivo específico, contra las líneas enemigas o detrás de éstas, tras haber llevado a cabo la infiltración.

Llámenles «grupos», «bandas armadas»... Llámenles como se quiera, pero procurando siempre dar a cada cosa el nombre que merece. Ello puede ser un arañito de arena más para impedir que un día, al ser detenidos, puedan llevar a invocar en su favor los derechos de la Convención de Ginebra para prisioneros de guerra.

EL PROFETICO PICASSO

QUEL cuadro de Picasso que, con el título de «El actor», está en el Museo Metropolitano de Nueva York, bien pudiera titularse «Inanbulato», porque se trata: es un artista que se dispone a saltar la pista con su rostro rayado y sus espaldas de actor, como un sepulturero griego. Y es que Pablo Picasso debió de leer de niño relatos de saltimbanquis que llegaban a la época rosa y azul en la que debe escribirse ese gran lienzo que estaba colgado no muy lejos de unas majitas de Gominadas al balcón.



Pura casualidad tal vez, pero Picasso, tan español y tan universal como el malagueño el uno, bardo del otro, tienen una vena en su pintura que los une. Hay varios Goya en varios Picasso, según sea el estado de ánimo que iban haciendo suyo. Y así como Velázquez nos muestra un español de España y aragonés que puede decirse que hay muchos, que se multiplican en sí mismos. Hemos en el centenario del nacimiento, y toda glosa o comentario sobre el pintor, que nos muestra la trayectoria vital de nuestro pintor: nace en Málaga, se traslada a la Coruña, luego

a Madrid, Barcelona y París, sucesivamente. Y cada etapa va marcando su labor, aunque al final se le vea como un artista cosmopolita que irradia su arte desde la capital francesa.

Empero, todas las raíces españolas tiran siempre de Picasso, y cuando durante la guerra civil pinta el «Guernica» —tan polémico ahora mismo—, centra con su cuadro todo el interés universal. El genio de Picasso trasciende la guerra española, y aquel cuadro, desconcertante al principio, nos dice, transcurrido el tiempo, lo que tenía de profético, pues ya se presentaban allí los bom-

bardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki y las amenazas que pesan hoy sobre el mundo con los dispositivos nucleares que tienen a la Humanidad en vilo.

El genio va siempre más allá de su propia intención. Nunca pudo imaginar Picasso que sólo unos pocos años después iba a ser el «Guernica» una realidad palpable. El bombardeo de un pueblo español cobraba dimensiones cósmicas. Esto es lo que hoy vemos en el cuadro del pintor y esto es lo que los laboratorios de la barbarie científi-

trata, no hay más remedio que insistir en otra profecía, la del aragonés Joaquín Costa, cuando auguraba persecuciones y exodos colectivos, exterminios de gentes, genocidios, que ya se están consumando porque la «historia del mundo» —escribía— ha empezado a ser una historia sin corazón.

Una nación que apenas tiene más de doscientos años, Norte América, se disputa la supremacía del mundo con Rusia. ¿No hay más? Pues habría que recordarle a los Estados Unidos que las carabelas llega-

ca, que han hecho envejecer a la bomba atómica para elaborar, la llamada bomba de neutrones, hacen evidente. Por donde se ve que el arte es eterno y cuán pronto envejece la ciencia. Pasarán los años, los siglos, si es que nuestro planeta comprende como una de las estrellas que vemos firmamento nocturno, el arte del malagueño seguirá ahí presente y trascendente siempre. Es decir, eterno. Y como de profecías se

ron al Nuevo Mundo siglos antes que el «Flor de Mayo». Y que el maquinismo frenético humilla al hombre, porque acaso puede decirse que cultura es todo lo que no puede hacer la máquina. Ello, una plumilla para la obra eterna. creador artístico con Dios, mientras los siglos se van desfilando. Este es un reflexión más al margen del centenario del nacimiento de Pablo Ruiz Picasso.

WWW.CORSO.COM